

## DOCTORES Y MAESTROS

---

Era en el último festival. Acabada la ceremonia solemne, abrióse en dos filas aquella muchedumbre que no había alcanzado un puesto en el salón donde la ciencia oficial había recitado su canturía monótona. Habían entrado los doctores, los académicos, los ateneístas; los maestros habíanse quedado esperando junto á las balaustradas marmóreas del espléndido alcázar artístico. Los humildes quedaban sin acceso al templo de la sabiduría. *Nom omnis licet addire coryntum.*

Y aquellos humildes eran los maestros rurales, las profesoras provincianas, con sus ojos radiando inteligencia, con sus rostros morenos y rosados destellando vida y salud, salud de alma y de cuerpo. Allí estaban con sus modestos vestidos negros y sus airosas mantillas de casco. Y en torno de sus cabezas inteligentes y graciosas, parecía escucharse el revuelo de toda la musa popular.

Detrás estaban los pedagogos, con sus levitas limpias, pero ya pasadas de moda. En sus hombros tenían, sin embargo, aires de toga y de manto curul. Modestos, graves, llevaban en su fisonomía ese sello indeleble de inocente sabiduría ó de ternura racional, que imprime lo que Locke llamaba la suprema felicidad y razón: el trato con los niños.

Y entonces, á los acordes de una marcha regia, pasó el monarca, y detrás el brillante séquito de consejeros, generales y representantes del poder. Luego, cubiertos con vistosas mucetas, aparecieron los doctores. Entre ellos se destacaba una señora, que recordaba con su doctoral atavío las femeninas glorias complutenses.

Aquello era la ciencia oficial, aparatosa, hinchada, memorista. A los lados estaba la observación sencilla de hombres y cosas. Se tocaban, casi se confundían sin los colores encendidos de las mucetas. Pero entonces se hacía más profundo el abismo que se extendía entre ambas, como entre lo convencional y lo real; lo que aparenta y lo que es; el título y la posesión.

Quien hubiera escuchado á los doctores sesudos la interminable relación de datos tomados de pacientes lecturas manidas, acerca de Universidades y centros docentes;



quien les hubiera oído terminar uniformemente, invocando el auxilio de la Providencia para que protegiera el nuevo reinado; quien hubiera sentido resonar en su cerebro tanto párrafo henchido de figuras retóricas y citas eruditas, hubiera afirmado que la ciencia suprema estaba allí. Los mismos maestros lo creían. ¡Ellos, que observaban todos los días á la Naturaleza en sus evoluciones, al niño en sus procesos mentales y éticos, á los pueblos en su desenvolvimiento gradual! Acaso envidiaban la investidura que concede al médico el alto derecho de saber por qué no se cura; al abogado, el de conocer por qué son ineficaces las leyes; al catedrático, el de averiguar por qué hay tantos licenciados inútiles y tantos titulados hambrientos. Las mujeres mismas, en cuyo corazón todo es sencillez, experimentaban tristeza al saber que había quien vestía un colorín que ellas no ostentaban; quien había podido suplantarse oficialmente la memoria por la razón, lo que los demás dicen por lo que dice él mismo, las afirmaciones ajenas por la observación propia. Aquello recordaba Salamanca, Alcalá, Santiago. Evocaba el trípode de Cisneros y las tunas y la famosa Puerta de los carros. El recuerdo de la España que fué. Todo, menos la presciencia de lo que será.

En cambio, los humildes maestros, sanos, libres de prejuicios, de dogmatismos, de ideas falsas, en contacto con la realidad y la vida fecunda, despertaban la sensación de algo que alborea. El consorcio del pensamiento con lo real, de la observación y la síntesis, de la autoridad del cerebro con la democracia del corazón. ¡Ah, qué hermoso contraste! Aquello bien valía haber quedado fuera, sin ver los uniformes bordados y las amarillas y rojas y azules y moradas mucetas y la alta tribuna donde la ciencia no es comunicación fraternal, sino sonido de campaneó. Cuando todos decían *¡hossanna!*, viendo á lo aparatoso á lo formal, á lo externo, *¡Salve!*, prorrumpía mi corazón ante la cohorte de educadores en cuya abnegación puede cifrar su esperanza la patria.

Todo pasó. Quedaron solos los deslumbrados maestros, sin conocer la luz que irradiaban, sin aspirar el perfume que les envolvía á ellos mismos, de mirtos, de geranios, de aires de renovación y cultura. Al mirarlos salir me descubrí. Desde lejos ví palidecer mi propia muceta.

Las maestras salieron con sus rostros exuberantes de vida y honestidad. Más hermosas, más nobles, mucho más grandes que la Venus clásica, porque las circundaba la aureola del saber y de la virtud.



Volvían á desempeñar su excelso sacerdocio, á padecer por la humanidad que llama á nuestras puertas, á despertar al pueblo que surge, á sentir en los pliegues de sus faldas las manos de los niños, á aspirar néctares de montañas y ambrosías de frondas.

¡Salve, hijas de la civilización, madres del progreso. ¡Salve, salve!

¡Feliz quien ha podido contemplaros de cerca, mirarse en vuestras hondas pupilas y depositar amorosa su pluma á vuestros pies!

## BOBADAS

---

Imagina por un momento, lector discreto, que, provocada, como se dice en lenguaje parlamentario, una crisis, fuese llamado á formar gabinete nada menos que el mismísimo bobo de Coria. En esto de ser regidos por un bobo, pudiera apoyarme en numerosos precedentes históricos. ¿Quién duda que el ministerio quedaría constituido en esta ó análoga forma? Gobernación, Bertoldino; Hacienda, Perico el Tonto; Guerra, Cacaseno; Marina, Pichote; Agricultura, Lúcas Gómez; Estado, Majadera; Gracia y Justicia, Zopenco, é Instrucción, Perico el de los Palotes. Puedes suponer la algarada que habría de promover semejante lista de consejeros responsables. Los Cardona, Lepe, Lepijo, Licurgo y demás lumbreras de nuestra política, pondrían el grito donde, según la fábula, diz que puso su bola el escarabajo de Júpiter. Pasados cuatro días, nadie se acordaría empe-



ro de tal acontecimiento: que tal es, en sentir de los místicos, la inanidad de las cosas humanas, y en el del sociólogo Espinas la inconsistencia del apasionamiento de las muchedumbres.

La tarea, no obstante, no habría de ser para los flamantes consejeros sobrado penosa. Llegadas las *imperiosas vacaciones del esto* ardoroso, la vida parlamentaria quedaría interrumpida de hecho y derecho. Un par de decretos referentes al personal, para dar entrada en el escalafón á Bobadilla y Cernicaldez y una circular á los gobernadores para mantener el orden donde fuese alterado por los expeditivos medios que vienen siendo tan provechosos, bastarían á llenar el obligado interregno. Después, sería llegada la hora de emprender una labor regeneradora y feliz.

Nada más hacedero. Presentaría Perico los presupuestos del año anterior; pediría Majaderano instrucciones al Nuncio; mostraría una lista Pichote de los acorazados posibles; respondería de la tranquilidad Bertoldino, y dispondría el de los Palotes dos años más de latín en el bachillerato, y con esto y la seguridad de no ser llamados al poder que tendrían los Lepijo y Cardona, habría ministerio hasta otras vacaciones, en que podría D. Braulio Salomón recorrer las

provincias para consignar su protesta; claros es que dentro de las conveniencias y los respetos que á todo lo humanamente establecido se debe.

Es lo bueno que tiene el actual régimen parlamentario. Semejante en esto á la obra del Hacedor, no ha necesitado sino siete días de impulso para marchar luego por sí mismo como una seda. Todo en él puede estar previsto: desde el número de electores adictos en cada colegio electoral, hasta el de pliegos que ha de tener la resolución que recaiga en un expediente de Propios. ¡Maravillosa máquina, que nos ahorra el penoso trabajo de cumplir las funciones de ciudadanos, y evita á los gobernantes el buscar el derecho en la vida para traducirle en preceptos de ley!

No. No sería el Gobierno de los incapaces peor ni mejor que el de los sabihondos. Para transformar la sociedad y el Estado, para resolver los más árdulos problemas políticos, para cambiar, según la expresión de Montesquieu, un rebaño de siervos en una nación de ciudadanos libres, ciertamente el hombre de Estado requiere todas las excepcionales dotes enumeradas por los sociólogos, desde Aristóteles, el gran peripatético hasta el gran patético Spencer. Para dejar las cosas como ellas se están, para no alte-



rar en lo más mínimo el mecanismo corriente, para dejar rodar la bola, que diría el presidente futuro, no hace falta precisamente ser un Pico, ni siquiera un piquillo, de la Mirandola. La pasividad, la inanición, tan al alcance están del Papamoscas de Burgos como del propio Séneca, y quisiera yo saber qué haría el mismísimo Edison al lado de una máquina á la cual se le prohibiera terminantemente tocar.

Un gabinete de nulidades notorias, tendría, además, una imponderable ventaja; incapaz de realizar algo laudable, no haría, seguramente, lo malo; enemigo nato de lo bueno, lo sería también de lo peor. Colocada la nación en equilibrio inestable sobre un peligroso reborde, como las rocas de basalto en las cortaduras de los abismos, su pasividad sería una garantía de aplomo. Lo que hacía peligrosa la posición del niño dormido en el brocal del pozo, no era la proximidad del antro, sino la posibilidad de moverse. El *laissez faire* de los economistas es siempre discreto en los aleros y en las cimas que se bambolean.

Y luego ¡qué honradez, qué desinterés, qué inofensión en esos hombres entregados perdurablemente á la cándida y honesta tarea de chuparse el dedo! Se ha dicho que la imposibilidad es siempre casta. No fué

acusado Enrique el Doliente de glotonería, ni Carlos II de impudor. La existencia de un lucro cesante quedaría compensada para el pueblo con la ausencia de un daño emergente. No teniendo que discernir lauros, tampoco habría de aquilatar culpas. Privado por igual de las excelsitudes celestes y de las torturas avérrnicas, contentaríase con residir en las reposadas y suaves insensibilidades del Limbo.

Bajo Carlos el Simple, anuló la nobleza el poder real; pero comenzó á despertar el pueblo. Desechemos, pues, todo temor pueril ante la posibilidad de ser gobernados por bobos. El ideal de los pueblos que aspiran de una vez á emanciparse, no consiste en ser gobernados por hienas como Felipe de Austria, ni por lobos astutos como el Rey Sol, sino en tener á su frente, mientras el caso llega, á seres ingenuos, de faz inexpressiva, de entendimiento obtuso, que, cuando todo se transforma y progresa y avanza, se estén mirando un punto en el espacio, con la sonrisa, plácida é inofensiva, de Gedeón.



## TRIBUNALES DE HONOR

---

¿Fueron caballeros ó no Tenorio y Mañara? Si hemos de creer á la tradición y al común sentir, lo fueron desde la pluma del chambergo hasta el vellorí de las calzas. De ilustre abolengo, ellos jamás volvieron la espalda á sus adversarios, ni toleraron la más leve injuria, ni fueron, que se sepa, descalificados por la nobleza de su tiempo. Es cierto que el rapto, el estupro, el homicidio, el sacrilegio y otras pequeñas picardigüelas, fueron su ocupación asidua; pero ni ellas admitieron su probanza ni fuera bien abrirla contra gentes capaces de llamar á las puertas mismas de los sepulcros con la cazoleta de sus espadas de Milán.

En cambio, no fueron caballeros en el sentido estricto de la palabra, los grandes filósofos de la antigüedad. No lo fué Sócrates injuriado, no ya por Melito, sino por su misma mujer; no pudo serlo Epicteto, obligado á tirar de una noria bajo el látigo de

un liberto; no mereció este nombre Platón, ni el gran peripatético, ni menos Marco Tulio, puesto que predicaron la calma ante la afrenta.

Apenas si hay en toda la historia de la Ciencia un Bacón, y ese dista tanto de ser un Suero de Quiñones como Spencer de parecer un Serrallonga. En el camino de la verdad no hay huellas de espuelas, y cuando alguna vez aparecen, no son seguramente trazadas por el talón de los sabios, sino por la planta de sus perseguidores.

¿Qué es, pues, lo que caracteriza el honor caballeresco? Schopenhauer nos lo dice: El honor no se inquieta de lo que puede ser el hombre en sí, sino de si está dispuesto en toda ocasión á sostener sus errores espada en mano. El duelo, propio en la antigüedad sólo de gladiadores, llegó á ser, desde la Edad Media, el único medio de lavar las ofensas. Mario, provocado por un jefe teutón, le propuso batirse con un luchador del circo, pues él no se batía. Amenazado Temístocles, contestó: *Pega, pero escucha*. Apareció el duelo en los tiempos en que los puños estaban más ejercitados que las cabezas, y en que sólo la fuerza física podía procurar los testimonios de estimación que no alcanzaba el propio mérito. Desde entonces se considera que ser injuriado y no matar



es una desgracia espantosa, y todos estamos dispuestos á rompernos la pía y aun la dura madre por razones análogas á las que hicieron morir de pena al simpático corregidor de Almagro.

Todo ello me parece de perlas, y como no siento vocación de mártir, me batiré cuando haga falta, sobre que la cuestión, como dice Blasco, es pasar el rato. Tampoco hallo mal que haya Códigos y tribunales de honor. El autor del *Arte de repicar las castañuelas* decía que maldita la falta que hacía tocarlas; pero añadía: *De tocarlas, tocarlas bien*. Justo es que la gente se rompa el bautismo con decoro y con sujeción á las reglas. Además que hay cosas curiosas, que si en esos Códigos no se dijieran, ¿dónde diantres iban á decir?

Una ventaja de los Códigos y tribunales de honor, es que, con ellos, podríamos economizarnos las leyes penales y los tribunales de justicia. Creíamos todos que los hombres no podían exteriorizar su maldad, sino cometiendo delito ó falta. Desde el momento en que pueden los caballeros reunirse en tribunal y fallar acerca de la conducta, sobran jueces, fiscales, relatores, escribanos, papel sellado, con todo aquello de *traslado á la parte y á prueba y estese*. No hay sino que el sentenciado cumpla la pena que se-

ñalare el mismo tribunal. Porque eso de aparecer inocente en la Audiencia y culpado en el Casino, ó á la inversa, no parece muy lógico ni puede ocurrir por más tiempo. Otra cosa que podría suprimirse muy bien es la Democracia, ó por lo menos, las garantías concedidas á todo ciudadano para ser juzgado públicamente y siendo escuchado con pruebas. Es mucho más corto condenarle en secreto y por un procedimiento sumarísimo. En todo caso, si los hechos no aparecieran bien claros, podría acudir al tormento ó á los juicios de Dios, que como caballeroscos, lo han sido y dieron no poco gusto á pasadas generaciones.

Y así, ¡cuántos delirios disipados! ¡Cuántos sueños desvanecidos! La idea de una moral austera, fundada, no en vanas apariencias, sino en la interna devoción al deber; la concepción soberana de un derecho inherente á todo ser que piensa cimentado en sus fines propios, elevado á categoría sublime; la aspiración á una democracia igualitaria sellada con la sangre de hombres y dioses, fecundada por el esfuerzo y el sacrificio de las centurias; el ansia de disipar todas las sombras que obscurecieron poternas y ergástulas, calabozos y gineceos, baños é *in paces*, prisiones y Bastillas; la esperanza en un porvenir de equidad, de sa-



biduría, de tolerancia, de paz, de amor, en suma, en que el honor suplantar no pudiera á la virtud, ni á la justicia el párrafo escrito, ni el caballero al hombre. ¡Cuánto idealismo de menos! ¡Cuánta generosa ilusión arrojada á los abismos del tiempo, como caen sobre las negras cortaduras, de lo alto de las rocas, destiladas como lágrimas transparentes, las gotas gemelas!

Volvamos, sí, á lo caballeresco, á las deslumbrantes mesnadas, abollando sus espaldares de acero y sus cascos rotundos á golpes de maza; á las empenachadas cimbras abriéndose en cascadas de plumas sobre cráneos vacíos; á los ábsides renegridos adornados con grillos, de heterodoxos y judaizantes; á las torres de delicados nervios coronados de almenas y botareles, bajo cuyos cimientos gime el apóstata; á los puentes labrados por millares de esclavos á cincel y buriles como á martillo los hipogeos. ¡Quién sabe si á las figuras de Bayardo y Roldán no seguirá otra vez la grave de Calvino; si á ese nuevo crepúsculo medioeval no sucederá un más glorioso Renacimiento!

Evoquemos fantasmas dormidos, toquemos las marmóreas figuras de los caballeros que duermen sobre su lecho místico alumbrado por los policromos destellos de las góticas vidrieras; pisemos los enlosados claus-

trales, fundados sobre nobles cenizas. ¡Antes que perdurar un ideal, busquemos el pasado para que de nuevo surja la imprenta y el vapor y la electricidad y el progreso; pero asentado en tan firmes bases, que no puedan ya conmoverle ni los ecos de las cosas que fueron ni las remembranzas de civilizaciones caducas que, agobiadas por su propia y tremenda pesadumbre, se hundieron para siempre en el polvo y no han de volver.



## LA PIPA

---

Un rey que muere, un polvorín que estalla, un crimen que queda en la sombra, diez mil obreros del campo hambrientos, trescientos millones de pesetas ofrecidas á un gobierno que no siempre acierta á inspirar confianza al país.—¿Qué te parece todo eso, Juan?—he preguntado á un viejo hortelano.—¿Qué ha de parecerme, señor?—ha contestado el labriego apagando su pipa.—¿Qué ha de parecerme? que todas son miserias.

Miserias, sí. No son más que miserias.

Miserias del cuerpo; miserias del planeta; miserias del mundo ideal. Y aún más: sarcasmos de los hombres y de la suerte, de la naturaleza y de lo absoluto. Oye Juan, no apagues tu pipa. Dame un poco de ese tabaco negro que te inspira ideas tan claras. La tarde es hermosa. Yo también quiero filosofar.

\*  
\* \*

En los cuentos de hadas, cuentos que ya pasaron, porque hemos dejado los bosques sin hadas y los cielos estrellados sin dioses, en esas narraciones en donde suenan las grandes armonías y palpitan los grandes silencios, el príncipe es siempre un joven gallardo que lucha con trasgos y cabalga en cisnes. Pero su cabeza cúbrese de diademas primero que de canas. Eduardo no es eso. Sesenta años pasaron después que sus cabellos rizados lanzaron sus destellos en Windsor y su imagen cándida dió la vuelta al imperio británico. Y gozando de todo, ansiándolo todo, vió cubrirse su cabeza de nieve y su pecho de desengaños; eso sí, escondidos bajo cruces y bandas. Y cuando ya parecía que iba á alcanzar la cima del poder, ese candidato eterno á la diadema y á la senectud; cuando la ciudad madre arde en fiestas y se hinche en holocaustos, he aquí que una enfermedad miserable, bautizada con un nombre bárbaro, le hiere de muerte.

No habrá coronación. Y ese rey sin corona, mimado por el esceptismo, que perdió antes que la salud, la fe misma en su propia realéza, sabrá que solamente los pueblos pueden ser coronados sin que venga una *apendicitis* á manchar su púrpura y á hacer dolorosos los recuerdos de una juventud disipada en orgías y prodigalidades, sobre



elefantes blancos y esclavos etíopes, en las gradas alfombradas de Windsor y en los mullidos y aterciopelados divanes del Club.

¡Miserias, Juan miserias; enciende y fuma!

\*  
\* \*

Fuma y recuerda aquellos días sin auroras en que fuimos vencidos y sentimos la angustia del oprobio. Nuestros soldados abatidos, con la desesperación del impedido que ve cómo se afronta á su madre, luchaban estérilmente y aun desfallecían sin lucha. No había municiones. Todo combate era imposible. Y en aquellas calcinadas sabanas y en aquellas maniguas fangosas hubo que renunciar á la lucha. ¡Pólvora y balas pedían los soldados!, como el niño polonés del gran Hugo. Y la pólvora no existía y las balas no estaban en los fuertes de donde debían salir para hendir los aires y entonar un himno á la raza española.

Y ahora, vencidos, humillados, olvidados quizá de nuestra decepción, he aquí que cien mil kilos de explosivos aparecen de pronto; pero surjen en llamarada inmensa, amenazando destruir ciudades enteras. Y maderos y proyectiles llueven sobre los campos para dominar á los cuales se almacenó, sin duda, tanto germen de muerte.

¡Miserias, sí, miserias, pobre labriego! Miserias y sarcasmos que tienen también su grandiosidad. *Sunt lacrimæ rerum.*

\*  
\* \*

El crimen. Está en todas partes, porque no se castiga. Si vale más prevenir que curar cuando se trata de la salud, en la gobernación de los pueblos es tan tiránico prevenir como demagógico dejar el delito sin represión. Hoy la víctima cae á los golpes de una mujer. La mujer es fuente de vida, y la muerte en sus manos es un absurdo. Por eso nos horroriza tanto Judith. Y la víctima es un hombre que teme á los grandes dolores del amor y de la amistad, de la paternidad y de la familia, de la ternura y la abnegación.

Es la escena de siempre. La frente está fría, el corazón seco. Sólo hay una pasión: el oro. Viene luego el huir de los hombres con la misantropía de Sylock ó el temor receloso de Harpagón el viejo. No nos hará traición la esposa legítima, ni acortará nuestros años, para compartir con otro hombre nuestras riquezas; no esperarán con ansia nuestros hijos que llegue nuestra muerte para heredar monedas y joyas. No veremos en nuestros netezuelos el enfado y



cansancio de nuestra vejez. Pero cuando nos juzguemos seguros, vendrá la ramera, y cegándonos con los besos infames de sus labios impuros, sepultará en nuestras entrañas el arma del odio por robar las monedas amarillas que, allá, escondidas de nada sirven, si no es para emular nuestra lívida palidez.

¡Cuánta miseria, Juan, cuánta miseria! Mi pipa es poco fuerte. Dame la tuya.

\*  
\* \*

El obrero agoniza; el patrono triunfa. Al lado de la miserable barraca se extiende el latifundio. Cerca de los niños famélicos pácen los fuertes y grasientos rebaños. Desfallean los miserables y los fuertes ríen. Darwin habría de horrorizarse, como dicen que se horroriza Ferri, ante esa interpretación de la lucha por la existencia.

Pero un día se siente débil, ¿quién? ¿El siervo? No. El amo. Y aquel día pide el auxilio de los ejércitos poderosos, é invoca el Mausser y clama de indefensión y abandono. Y el obrero sigue tranquilo, sereno, pacífico, confiado en su debilidad, seguro de su alma inofensiva, mientras el poderoso tiembla, porque ha creído escuchar algo formidable, como rumor de cadenas rotas.

¡Sarcasmos y miserias también!  
¡Ah, Juan, me canso! Apaga, apaga tu pipa y otro día hablaremos. ¡Hay tanto tabaco que quemar!